

4151-E

CONFERENCIA

DADA EN LA

ACADEMIA DE DERECHO

DE JEREZ DE LA FRONTERA

EL DÍA 27 DE MAYO DE 1894,

POR

D. Nicolás Latorre y Pérez.



JEREZ.

IMPRESA DE «EL GUADALETE,» Á CARGO DE J. PAREJA,
CALLE COMPÁS, NÚMERO 2.

1894.

BREVES CONSIDERACIONES

sobre la importancia é influencia de la Literatura, en la vida de
los pueblos.

SEÑORES:

De aquellas tres vidas que no sin fundamento en la realidad distinguían los Gnósticos en el hombre, á saber, la vida *hylica* ó de la materia, la *psíquica* ó del alma vivificadora, y la *pneumática* ó del espíritu, es evidente que esta última, la superior y más excelente del sér humano se realiza y dilata en dos grandes y hermosísimas esferas: la ciencia y el arte. La ciencia movida por la sed inextinguible de verdad que aqueja al hombre, por el *felix qui potuit rerum cognoscere causas* de Virgilio, ha ido y va laboriosa pero perenemente descubriendo, ora las relativas al mundo interior ó del *yo*, como dicen los filósofos, ora las relativas al *no-yo*, ó mundo exterior, ejercitando para ello sus diferentes y amplios medios de conocer, ya los sentidos, verdaderas ventanas por donde se asoma el alma al mundo de la materia para percibir y estudiar cuantos fenómenos se verifican en ella, ya la razón discursiva y generalizadora que formula leyes y sistemas, ya aquella facultad nobilísima y suprema que se llama entendimiento puro ó *dianoia*, como dice nuestro gran Vives, por virtud de la cual surgen en nuestra mente los principios universales y necesarios, verdaderas piedras angulares de toda construcción intelectual. Así se ha ido adquiriendo ese conjunto de verdades, ese caudal de conocimientos que forman el acervo, el patrimonio común de la humanidad en su marcha investiga-

dora sobre la tierra; caudal admirable en sí, pero exiguo sin duda, comparado con el que resta todavía por adquirir, pues aun siendo tan inmenso el campo recorrido, y tan grandes las adquisiciones científicas de que tan justamente se enorgullece, á la postre siempre habremos de repetir las palabras de Newton moribundo: «Yo no sé, decía, lo que pensará de mí la posteridad; pero á mí me parece que he sido siempre un niño jugueteando en la orilla del mar, encontrando á veces una china más tersa que las comunes, á veces una concha algo más brillante, mientras que el grande Oceano de la verdad se extendía inexplorado ante mis ojos.» Mas así y todo con estas limitaciones, con sus retrocesos y eclipses á veces, y descubriendo en muchos casos un rayo de luz envuelto en tinieblas y aberraciones, así se va perfeccionando y desenvolviendo al través de los siglos el sér colectivo que se llama Humanidad, como resultado y consecuencia de la perfección que logra el sér individual, á medida que va realizando ó reduciendo á acto, como se dice en el lenguaje de escuela, el tesoro de gérmenes, de aptitudes y de potencialidades puestas en su espíritu por la mano dadivosa del Criador. La naturaleza no da más que síntesis, ricas, admirables, fecundísimas, que luego las fuerzas inconscientes y la acción nativa y educadora del hombre explican, determinan y particularizan. Penosa, pero sublime labor, que viene á completar la obra de la creación, convirtiendo las energías de la naturaleza y la voluntad activa del sér inteligente en cooperadores de los designios del Eterno.

La otra esfera en que se dilata y resplandece la vida superior ó pneumática de nuestro espíritu, es el arte, el cual en la rica variedad de sus manifestaciones viene á animar y embellecer con ricos colores y formas espléndidas las conquistadas áridas de la ciencia. La ciencia descubre; el arte hermosea; la ciencia, como precursora obligada, desbroza ó ilumina con luz vivifica los caminos que luego llena el arte de encantos y de bellezas. La ciencia vive de principios y en el nutre de abstracciones y generalidades; el arte toma estas abstracciones y generalidades y las sensibiliza por medio de formas plásticas que hieran y embelesan nuestros sentidos, al bien la una ascendiendo, y el otro bajando, los dos se encuentran, como dice un escritor, en las pacíficas llanuras de

la sabiduría. La ciencia cuenta como obreros á la razón escudriñadora, al raciocinio, al discurso; el arte á la imaginación y al sentimiento convenientemente educados y dirigidos, al entusiasmo, y aquel ardimiento del alma que hace decir á los artistas *est Deus in nobis*: la ciencia satisface al entendimiento seco y austero; el arte ocupa y pone en juego armónico la plenitud de nuestras facultades, despertando más directamente aquellas en que parece que estriba lo más hermoso y excelente de nuestro sér. Que el hombre es más sentimiento que razón, y cuanto ennoblece, purifica y eleva sus energías afectivas, está sin duda más en consonancia con su naturaleza y aun con sus destinos inmortales. Veneramos al hombre de ciencia, pero amamos sobre todo al hombre de arte. Y es que si la ciencia crea luz, y es como la columna bíblica que ilumina los horizontes por donde puedan caminar con seguro paso los hombres, el arte crea un mundo suprasensible lleno de delicias y arrobamientos, difunde calor y vida por todas partes, y dora y hermosea con brillantísimos esmaltes los ámbitos de la mísera existencia humana. Y es también que si los placeres de la ciencia son severos como la verdad, los del arte son más regocijados, complejos y efusivos, encontrándose en ellos tales dulzuras que arrancan involuntariamente á nuestros labios aquella plegaria ferviente de Teócrito:

Haz que las Gracias sean
compañeras eternas de mi vida.

Y detengámonos un poco ya que la ocasión brinda, y siempre estas reflexiones son consolatorias, á contemplar la grandeza ingénita del hombre. El es un sér natural y esencialmente inteligente, de tal modo que de no serlo, ni las verdades del orden ontológico, ni las empíricas, ora se reflejara al mundo exterior, ora al interior ó de la conciencia, ni los principios fundamentales y formales de las ciencias, tendrían valor y realidad posible para él. Habría de decir á todas estas verdades, *nescio vos*; si las reconoce, si las hace suyas, es porque en cierto modo preexisten en su maravilloso espíritu, es porque las halla conforme con las aptitudes y predisposiciones connaturales en su entendimiento, es porque si no formalmente pero virtualmente tienen en él representación y sér. Hay cierta consubstancialidad entre la verdad y la intelligen-

cia humana, y no definió mal al hombre quien dijo «que era una inteligencia servida por órganos.» No caeremos por eso en el error de defender el innatismo de las ideas, tal cual lo han profesado algunas escuelas; pero los cánones ó fórmulas de la mente, y las anticipaciones ó *cataplepsis* de que habla nuestro Vives, como los que llama el gran filósofo escocés Hamilton, *conocimientos de primera mano, hechos, creencias, sentimientos fundamentales*, aparecen como un hecho á todas luces innegable. Son el *logos spermáticos* que derramó la Sabiduría Eterna en todos los espíritus, según San Justino, ó aquellas semillas de *sabiduría* y de *justicia* con que nace todo hombre, según San Jerónimo. Y cierto, sin estos elementos esenciales de nuestra constitución mental, el lenguaje de la verdad, sería para el hombre tan extraño é incomprensible como el de los colores para un ciego, y el de los sonidos para un sordo. Por donde bien podemos repetir con San Agustín aquellas palabras profundas y ciertamente halagüeñas por lo que tienen de dignificadoras para el hombre: *¡In interiore homine habitat veritas!*

Y habita también la belleza! que si así no fuera, la naturaleza permanecería muda para él; el mundo exterior perdería todos sus encantos; los sublimes espectáculos de la creación serían letra muerta; los bellos panoramas que contemplan arrobados nuestros sentidos carecerían de colores y hermosura; la estatua del escultor, de mérito; el cuadro del pintor, de expresión y vida; las sinfonías del músico, de embeleso; el edificio del arquitecto, de eurytmia; la palabra del poeta y del orador, de hechizo y de elocuencia; todo, en fin, el universo entero, sería la tabla rasa en que nada hay escrito, si el hombre no fuera también natural y esencialmente bello, si las bellezas que le rodean y solicitan su atención, no encontraran similitud y resonancia, y recibieran como forma y sanción en el admirable *micro-cosmos* de su espíritu, celestial destello de la belleza absoluta. ¡Cuán cierto es, bajo esta relación, lo que dice el poeta: *que todo espectáculo está dentro del espectador!* Es más: si ascendiendo del carácter pasivo y puramente receptor, consideramos al hombre como activo y creador de la belleza, nunca engendraría la que llamamos ideal, ni en alas del fuego sacro y del *spiritus intus* que le anima y áfervora formularía altas y peregrinas concepciones de su mente, ni se

extasiaría ante su contemplación como aquel sublime *Loco de la buhardilla*, si no preexistieran en su espíritu modelos, digámoslo así, de referencia, protoplasmas ó architipos más ó menos perfectos, según su cultura, de belleza. Tal es el hombre aun considerado sólo bajo los dos aspectos que hacen á nuestro intento: el científico y el artístico. Con razón se ha dicho que era el compendio de la creación, y al pensar en su excelencia, y en las facultades y energías de su espíritu, que él mismo llega á entrever, nunca á medir y á quilatar en toda su extensión, virtualidad y riqueza, bien se comprende que está allí impreso el *lumen vultus divini* y una grandeza y prestancia punto menos que angélicas.

Lástima que las limitaciones inherentes á su contingencia, el triste reato de prevaricaciones originales, y aquellos ídolos de que habla Bacón y que tan frecuentemente se interponen entre la verdad y su inteligencia no consientan que brille cual corresponde á la excelsitud de su naturaleza y á las nativas y eximias facultades de que está dotado su espíritu. El diamante, sin embargo, aun con sus imperfecciones, brilla á intervalos, y la luz inextinta aun con sus sombras y eclipses luce esplendorosa en muchos casos.

De todas suertes, y tal cual es, el hombre de la vida pneumática se mueve por innata propensión en las dos esferas que indicamos antes: la ciencia y el arte. Su historia racional no es más que la objetivación de su espíritu en estos dos grandes campos, ásperos y con sus abrojos el uno, florido y aménisimo el otro. Y como el hombre es un sér social por sus necesidades, por sus instintos, por sus facultades y por sus sentimientos, no puede menos de influir en sus semejantes en uno y en otro concepto: el científico y el artístico. *Bonum est sibi diffusivum*, se ha dicho, y por tal virtud la verdad y la belleza bienes humanos excelentes, tienden á difundirse, y á buscar inteligencias y corazones que los acojan y prohijen. Existe una comunicación perenne de ideas y sentimientos entre los hombres, y apenas da uno una nota brillante en la escala de la ciencia ó del arte cuando suena una vibración simpática en el espíritu de los demás. La imaginación busca la imaginación, la inteligencia la inteligencia, y este conjunto de sentimientos hermosos que llamamos corazón, busca otros sentimientos hermanos para confundirse todos en su inmensa

variedad en la identidad de aspiraciones de este pobre viajero que se llama espíritu humano, que arranca de la unidad y á la unidad por ascensión natural y en ciclo inevitable debe subir y retornar. Hay cierta misteriosa y común generación de lo verdadero y de lo bello, por virtud de la cual espíritus no ya coetáneos sino distantes en el tiempo y en el espacio, sienten la misma inspiración y el mismo impulso creador como rayos vivíficos de aquella *cumbre de eterna luz en que vivimos, nos movemos y somos*. Admirables armonías, sublime concierto y reflexiones consoladoras éstas para el hombre espiritual que comprende la grandeza de sus destinos, y la compenetración que le estrecha y une en espíritu y en luz con los demás hombres.

No se negará después de estas consideraciones, la influencia de la ciencia y del arte, ni se desconocerá que la ejerce todavía mayor en el espíritu del hombre éste que aquélla; siendo tal por otro lado su importancia histórica, que á veces sus monumentos constituyen los anales de los imperios que pasaron. Un poema, un fragmento arquitectónico, una estatua, un relieve, suelen ser revelaciones luminosas de remotas edades adonde no alcanza la historia. No hay libros que expliquen la civilización peculiar de Egipto, de Nínive y de Babilonia, pero nos hablan de ella con muda elocuencia las portentosas necrópolis del Nilo, y los venerables vestigios artísticos que se van descubriendo en las llanuras de la antigua Asiria.

Mas entre las Bellas Artes, la primera es la Literatura, tomada por supuesto en su acepción más conspicua y elevada. Debe esta superioridad al maravilloso medio de expresión de que dispone, que es la palabra, instrumento alado, semi-espiritual, semimaterial, de suma flexibilidad y nitidez, con el cual el poeta, el orador, el literato, recorren todos los espacios así del mundo subjetivo ó psicológico, como del objetivo ó exterior, expresando con fidelidad y precisión cuantos fenómenos, cuantos hechos, cuantas maravillas encierran el uno y el otro en sus vastos é indefinidos confines. Allí donde no llegan las demás artes con sus medios de expresión medrosos, imperfectos, y un tanto groseros, llega con su poder mágico y audaz la palabra, dominadora de todas las dificultades y resistencias y expresiva de cuanto concibe y atesora aun en

sus más recónditas profundidades el infatigable pensamiento humano:

Apparet domus intus et atria longa patescunt.

Compendio y suma por su exquisita finura y docilidad de los otros medios de expresión, ella crea imágenes y cuadros arrobadores como la pintura, como la escultura estatuas soberanas, armonías rítmicas como la música y soberbios edificios como la arquitectura. Dón divino, verdadero complemento de la razón humana, atributo privativo del hombre, ornamento y magnificencia de su sér, instrumento de su perfección y progreso, verbo de su alma, resplandor de su inteligencia, tan insinuante y fascinador, tan potente y mirífico en sus efectos, ya cuando se le sujeta á la forma métrica del verso, ya cuando campea con más libertad, pero no ciertamente con menos ritmo en las regiones de la prosa que aparece bien justificada la depreceación ardentísima de aquel griego que decía: «Dioses inmortales, concededme el dón de la palabra y guardaos los demás dones».

Así con tan privilegiado instrumento y órgano de expresión, no es maravilla que la literatura penetre y se enseñoree como ningún otro arte, del alma y corazón de los pueblos: no es maravilla que por este mayor imperio ejerza cierto patronato entre las demás artes sus hermanas menores, á las cuales protege, provee y alimenta como succulenta nodriza. ¡Cuántas robustas creaciones artísticas, especialmente esculturales y pictóricas se han formado amamantadas á sus fecundos pechos! Prescindiendo de la Historia, que entra también en el concepto de Arte, basta recordar á nuestro propósito en este instante que los poemas de Homero fueron inagotable fuente para el arte griego; aquel arte hermosísimo en que de manera tan harmónica se compenetraban el fondo y la forma; y que los cantos de otro Homero, del Homero cristiano, Dante Alighieri, suministraron pábulo é inspiración á artistas gigantes que parece habian nacido providencialmente para interpetrarle y dar forma plástica á los sublimes tercetos de su *Divina Comedia*. Sin el altísimo poeta de Florencia no hubieran immortalizado sus pinceles en frescos y pinturas que son la admiración del mundo, ni Giotto, ni Orgagna, ni Lucas Signorelli, ni sobre todos, el genio múltiple, el incomparable

Miguel Angel, tan identificado con la elevación ideal de *il sommo artista* como llaman al Dante los italianos, que parece destinado á encarnar su grandioso espíritu en creaciones como el terrible episodio de Ugolino en el bajo relieve del Palacio *della Gherardesca* de Florencia, y especialmente en el portentoso cuadro del *Juicio final*.

Estas reflexiones podrían extenderse, si lo consintieran los términos sucintos de este discurso, á otros grandes escritores y poetas de edades posteriores, pero basta lo indicado para que se comprenda la excelencia y soberanía de la literatura, verdadera *alma mater*, de las demás artes.

De su influencia social y goces que proporciona, bien podemos decir con Cicerón en su oración *pro Archia poeta*: «Estos estudios nutren á los jóvenes, deleitan á los viejos, dan lustre á la prosperidad, y en la adversidad sirven de asilo y consuelo, deleitan en casa, no sirven de embarazo fuera, con nosotros duermen, viajan y van al campo.» O recordar con Ovidio que las bellas letras suavizan los sentimientos, dulcifican las costumbres, levantan el espíritu á esferas de plaidez y de hermosura, y llenan la vida de encantos y de nobilísimas fruiciones, apartándola de cuanto tiene carácter de rusticidad, inhumanidad ó fiereza:

... *ingenuas didicisse fideliter artes*
emollit mores nec sinit esse feros.

Y aun declarar con Horacio que la literatura varonil y bien encaminada, fortalece los ánimos, vigoriza los caracteres y robustece las inteligencias y los corazones, criando aspiraciones elevadas é infundiendo en el alma ideales de rectitud y de severa belleza:

Rectique cultus pectora roborant.

Si de estas verdades se desea ahora una demostración á *posteriori*, nada más fácil que darla y ofrecerla, siquiera sea por modo compendioso á vuestra ilustrada consideración.

Empezando por los griegos, puesto que allí nacieron las Musas, cuantos han saludado las Humanidades, saben el elogio cumplido que hace Horacio del tracio Orfeo y del tebano Anfión, que á una con Museo y demás poetas pertenecientes á aquella primitiva época de la literatura griega, llamada *heroica* y mejor *moral ó civilizadora*, apartaron á los hombres monta-

rajes de su vida salvaje y sanguinaria, trayéndolos con la dulzura de sus cantos á otra más humana, social y suave. A aquellos prístinos acentos civilizadores, se debe, según el poeta de Venosa, la separación entre los hombres de lo público y de lo privado, lo sagrado de lo profano, la unión en regularidad y derecho de los dos sexos, la fundación de ciudades, la institución de leyes, la dirección moral de la vida, y los recreos y dulces esparcimientos del ánimo.

Alzase después en aquella literatura, *ut inter viburna cupressi*, la gigantesca figura de Homero, aquel gran *aoides* que parece la encarnación del espíritu griego. Todo el alma de aquel pueblo privilegiado se había infundido en la suya, trascendiendo de tal manera la elevación heroica de la *Iliada* á las edades posteriores que se siente palpitar, por decirlo así, en las artes, en las letras y en las empresas militares de Grecia en sus siglos de oro. La tradición homérica estampó su mágico sello en las tragedias de Esquilo, en los mármoles de Fidias, y en las pinturas murales de Polignoto. La Grecia llegó á considerar el estro de Homero como emanación de la divinidad. Casi todas las imágenes conocidas del rey de la epopeya tienen el *strofión*, diadema con que los griegos solían ceñir la cabeza de los dioses. Sus cantos comunicados y repetidos oralmente durante siglos por los *rapsodos*, se encomendaron aun después de escritos á la memoria de la juventud para despertar en ella el sentimiento nacional, el amor patrio, y el espíritu religioso. Fué uno de esos faros maravillosos que no sólo iluminan su época, sino que dan también calor y vida á lo porvenir. Harto lo prueban los descendientes, los *epigones*, la innúmera progenie intelectual que nace siempre y nació en este caso, de estos genios acaudalados y prolíficos que comunican luz, inspiración é inagotables tesoros poéticos á las generaciones posteriores, las cuales nutridas con su savia y formadas á su augusta sombra, perpetúan de edad en edad entre los hombres el espíritu inmortal del genio creador.

Et nati natorum et qui nascentur ab illis.

Y si de la poesía épica pasamos á la lírica, ofrécesenos en primer término el *cygnus dircaeus*, el cisne tebano; el cantor de los vencedores en los juegos olímpicos, el inspirado Píndaro, cuyas obras logran tal estimación, prestigio y respeto popular,

que un solo hecho lo demuestra evidentemente. En las enconadas rivalidades que se suscitaron entre Tebas y Esparta, entran un día los lacedemonios en Tebas, y animados de ciego espíritu de venganza, todo lo destruyen, todo lo arrasan, muros, edificios públicos y casas particulares. Sólo queda una en pie, y fué la de un poeta eminente, sobre la cual á la luz misma de las llamas que consumían los demás edificios se puso este delicado letrero: «La casa del poeta Pindaro, no la queméis.» Ejemplo de deferencia y de culto casi religioso que después fué también imitado por el insigne héroe macedón.

En la cultura de aquel pueblo y en la reforma de sus costumbres influyeron asimismo poderosamente los poetas cómicos. Ningún ciudadano podía ser malo sin correr el riesgo de sufrir el látigo de la sátira cómica, y de aparecer en el tablado público del teatro con todos sus vicios y deformidades morales. El mismo Cleón, demagogo atrevido, poderoso, vengativo y violento á quien todos temían mucho, encontró en Aristófanes quien le verberara valerosa y despiadadamente en su comedia los *Caballeros*, hasta el punto de que no encontrando (en aquella 1.^a época de personalidades de la comedia) actor alguno que quisiera representarlo, ni aun quien hiciera su máscara ó careta, la hizo el poeta mismo, y tomó y representó su persona sobre las tablas. Ejemplo de valor cívico que acaso no ha tenido después más que un imitador, y es el francés Bartelemi en su *Némesis* contra los hombres y los partidos que creía enemigos del bien público.

Añadamos á todo esto la hermosa práctica seguida entre los helenos de coronar en certámenes públicos á sus más excelentes escritores y poetas, las aficiones y emulación que estas cultas solemnidades despertaban, y el estímulo que encontraban en ellas talentos que aun no habían medido sus fuerzas ni ostentádose en la palestra, y se comprenderá cuán gran parte tuvieron las letras en los gustos y costumbres apacibles de aquel pueblo artístico tan amante de la belleza.

Roma belicosa y conquistadora y más dada á los fieros espectáculos del circo que á los serenos y tranquilos de las letras, no se sustrajo tampoco á la influencia insinuante y benéfica de una civilización superior. Ella venció á la Grecia

con sus legiones, pero la Grecia á su vez la dominó con otra espada más avasalladora: la de su cultura y de su inteligencia. *Græcia capta vicit victorem romanum*. Y prescindiendo de otros astros de menor magnitud (*minora sidera*) basta parar mientes en el que brilla sobre todos en aquella literatura: en el incomparable Virgilio. La elevación de su alma, la nobleza y ternura de su corazón y el *quid divinum* de su numen y pincel poéticos se derraman profusamente en sus obras, avasallando á aquel pueblo, y haciéndole sentir las dulzuras inefables de aquella poesía y de aquel arte sin par. Como todo ingenio superior, aparece movido en todos sus escritos por un pensamiento elevado: por el sentimiento de la gratitud en las *Bucólicas* al mostrar su reconocimiento á Augusto:

.....*illius aram*
Sæpe tener nostris ab ovilibus imbuet agnus.

Por un sentimiento político en sus admirables *Geórgicas* al reconciliar al pueblo romano con el Imperio, y convertir su atención y aficiones hacia la vida pacífica y venturosa del campo:

Fortunatus et ille Deos qui novit agrestes
Panaque Silvanumque senem Nymphasque sorores.

Y por un sentimiento nacional en su *Eneida* al exaltar y engrandecer la alta idea de Roma tan orgullosamente acariciada por aquel pueblo, señalándole como fundador y tronco ilustre al héroe troyano Eneas.

.....*genus unde Latinum*
Albanique Patres atque altæ mœnia Romæ.

En todos estos conceptos, ya como poeta bucólico, ya como didáctico, ya como épico, fué tal el prestigio y el renombre de sus obras, y tal la veneración que provocó entre los romanos aquel espíritu altísimo, superior á su tiempo y casi anunciador profético de nuevas dichosas edades,

magnus ab integro sæculorum nascitur ordo

que la Italia entera tributó á su memoria honores que rayaban en religiosos, celebrando durante casi toda la edad media el gran día de su nacimiento como el de una verdadera festividad cristiana. Así no es de extrañar que rindiendo á aquella noble figura el clásico y justo homenaje de honor y de profundo acatamiento, veamos al Dante tomarle por

maestro y guía en las peregrinaciones fantásticas de dos de su gran Trilogía.

Más adelante cuando Grecia y Roma desaparecen, todavía la estela luminosa que ambas dejan en sus monumentos literarios basta para servir de base y antorcha á otros pueblos y á otras civilizaciones. Así sobrevino aquella gloriosa resurrección de las letras y artes clásicas antiguas que se conoce con el nombre de Renacimiento, y que un escritor ingenioso llama «la Grecia en gracia de Dios.» Esta resurrección llevada á feliz complemento en el siglo xvi pero iniciada ya en los tiempos medioevales por Casiodoro y Boecio en la corte del Rey Teodorico, San Isidoro y sus discípulos entre los visigodos, y Alcuino y Teodulfo en la corte de Carlo Magno, no fué más que una protesta y reacción victoriosa contra la irrupción y tinieblas de los pueblos del Norte. Y en efecto, desde el siglo xiii cuando la acción progresiva de las ideas y de las costumbres cristianas inspiraron á la sociedad europea sentimientos de libertad y de justicia, y el poder moral de la caridad y del derecho sustituía al poder brutal de la fuerza, ¿qué hechizo misterioso amansó casi de repente la barbarie de la Edad Media, y abrió camino á la civilización moderna? El hechizo no era más que las corrientes de luz que al través de los siglos venían del mundo antiguo á iluminar el mundo nuevo. Sin estas corrientes restauradoras, serían fenómeno histórico inexplicable muchos monumentos científicos y literarios que aparecieron en la nueva era. Sin las Pandectas de Justiniano no se comprendería el código de las *Partidas* tan visiblemente superior á su época, y sin el esplendor literario de la antigüedad, que como raudal irresistible, rompe y traspasa al cabo el denso velo de las tinieblas de los siglos bárbaros, no sería dable explicar la grandeza estética del Dante y del Petrarca.

Y aun transformado el mundo por el soberano impulso de la espiritualidad cristiana, que no vino á destruir sino á purificar y transfigurar lo antiguo, todavía vivió y vive la innumerable muchedumbre de divinidades mitológicas que crearon los pueblos gentiles. Despojadas como es natural, de su falso prestigio religioso, duran sin embargo como emblemas de las fuerzas y de los hechizos de la naturaleza, como manifestaciones poéticas de la fantasía egipcia y griega.

A despecho del abate Gaume y de cuantos vanamente se asustan de la influencia artística del paganismo, sus dioses, sus héroes y sus ninfas animan la soledad de los bosques, murmuran en las ondas de los ríos, cruzan por las vastas llanuras del mar, y pueblan la infinita bóveda de los cielos. Y no sólo penetran en la edad moderna estas imágenes amenas de las ficciones populares de la antigüedad; la juventud busca todavía inspiración fecunda en las altas concepciones de Grecia y de Roma, y todavía las augustas sombras de sus filósofos, oradores y poetas viven inspirándonos asombro y respeto en el hogar de la civilización presente. Así se encadenan las tradiciones intelectuales, y así vive la gran familia humana en aquella perenne y hermosa comunidad de esfuerzos, de ideas y de vida, de que hablábamos antes.

Nuestra España es también un testimonio vivo de la importancia é incontrastable influencia que ejerce siempre una superior cultura intelectual. Entre los diversos pueblos y razas que sucesivamente la han poblado y dominado, ó con los cuales ha vivido en contacto, las huellas impresas en su civilización histórica han estado en razón directa de los elementos de cultura y del mayor ó menor empuje científico y literario traídos por el invasor. Descuella bajo este punto de vista la dominación romana de tan culminante trascendencia en el idioma y cultura patrios; pero también merecen remembrarse como pruebas de nuestra afirmación, el rico y brillante orientalismo traído por los árabes y judíos; la luz que irradiaba en el siglo x la vecina y floreciente literatura provenzal, y que dió origen en la nuestra á los mantenedores del *gay-saber*; el impulso y aun las formas recibidas en el xv de la italiana, á tanta altura elevada por la conspicua trinidad de Dante, Petrarca y Bocaccio, de que nació entre nosotros el *arte alegórico*; y finalmente, la preponderancia que con el advenimiento de la casa de Borbón ejerció en nuestras letras en el siglo pasado, la más refinada cultura clásico-francesa.

Todas estas y otras menos importantes que no es lícito consignar en los modestos límites de esta disertación, han sido imposiciones literarias de buena ley, aceptadas y prohibidas en virtud del principio superior y fatal de que todo pueblo se rinde intelectualmente al que le supera en saber y cultura.

Por este mismo principio cabalmente, cuando concertados el elemento clásico y aun otros legítimos extraños con el genuinamente español tomaron seguro rumbo nuestras letras; cuando en manos de Garcilaso, Fr. Luis de León, Herrera y Rioja, llegó la lírica á su más alto grado de perfección y de esplendor; cuando el romance brotando espontáneamente del ubérrimo ingenio español llegó en su rica variedad á constituir la verdadera epopeya de nuestra nación al mismo tiempo que la más fresca, lozana y fragante flor de la poesía castellana; cuando la dramática bajo el numen creador de colosos como Lope, Tirso, Moreto, Rojas, Alarcón, y Calderón adquirió tan asombroso desarrollo y grandeza; cuando la prosa ya bruñida desde Alfonso X, lució toda su soltura y majestad bajo la magistral pluma de los Granadas, Leones, Saavedras, Argensolas, Cervantes y Solís; cuando en la mística y en escritos morales y políticos además de algunos de estos egregios maestros, acumularon tesoros de doctrina y de elocuencia San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Zárate, Márquez, San Juan de los Angeles, Malon de Chaide, Rivadeneira, Nieremberg, Quevedo y otros mil; cuando en la épica, en la didáctica, en la historia y en la novela tan gallardas é imperecederas muestras dieron nuestros ingenios; cuando, en fin, tuvimos esta opulenta y gloriosa literatura nacional, entonces de tributarios nos convertimos en dominadores. En el vaivén providencial de los florecimientos y decadencias de los estados, pasó el poder gigantesco que alcanzó nuestra patria en otros tiempos; pero las duras adversidades sufridas que no nos han dejado sino el vigor inextinguible de nuestra raza y la esperanza de mejores días, no han podido acallar el eco inmenso de nuestras glorias intelectuales. Los grandes guerreros, los grandes estadistas, los profundos políticos que registra nuestra historia y que á tan alto punto elevaron el nombre de la nación española,

pasaron y murieron sus carreras,

como dice el poeta. Quedan sólo en nuestra memoria como recuerdos gloriosos, como insignes ejemplos, como ilusiones halagadoras de lo pasado.

En cambio son realidades inmortales las obras del ingenio español. Lejos de oscurecerse con el transcurso del tiempo, á la luz de la crítica enseñada á la Europa por los Lessing y por

los Schlegel se aumenta y se acrisola cada día la gloria de los tiempos áureos de nuestra literatura. El mundo reconoce hoy unánime la facultad creadora del espíritu de nuestra nación; que en la novela, en el romance y en el teatro, dió vida á tipos universales de la humanidad, como Amadis, el Cid, el Quijote, D. Juan Tenorio y á otros símbolos ideales de la galantería, del heroísmo, del honor, de la justicia y hasta de la perversidad y del escarmiento. La Francia, antes tan preciada de su originalidad absoluta, confiesa hoy sin rebozo la acción poderosa del teatro español en la inspiración de sus grandes escritores dramáticos. En los elevados sentimientos y en las ingeniosas ideas de nuestro teatro, buscaron Corneille, Racine, Molière, Marivaux, Beaumarchais, y muchos otros, el vigor, la espontaneidad, la travesura, la gracia y la intención moral. Las declaraciones en este sentido son explícitas, y aun en otra esfera, en la esfera filosófica á que tan extraños y refractarios se ha juzgado sin razón á los ingenios españoles, plácenos consignar aquí la manifestación de un escritor francés, de tanta cuenta en estas materias como Renan. «La Francia, dice en su libro *El porvenir de la Ciencia*, no ha comprendido más que la libertad exterior, y nunca la verdadera libertad del pensamiento, ni sus grandes audacias. Las ideas verdaderas y originales no piden permiso á nadie para salir á luz, y se cuidan poco de que se les reconozca ó no este derecho.... Ved á España: ¿creéis que esta nación tan libre y tan filosófica en el fondo como cualquier otra ha sentido nunca la necesidad de una emancipación exterior?»

Sí; también nosotros podemos permitirnos el legítimo orgullo, repitiendo la expresión de Horacio, *sume superbiam quæsitæ meritis*, de haber influido con nuestra cultura en la general de Europa, y no ya de haber influido, sino de haber creado en gran parte la del Nuevo Mundo. ¿Cuál literatura puede presentar un libro tan perfecto bajo la relación de arte como *Los nombres de Cristo*? ¿Cuál un dramaturgo de la estatura y fecundidad del *Monstruo de la Naturaleza* elevado por el sentimiento popular á la categoría de semi-Dios, cuando en honor y admiración suya, y con ribetes ya idolátricos llegó á decir: *creo en Lope de Vega todo poderoso, poeta del cielo y de la tierra*? ¿Cuál una fábula tan feliz y de tan universal aceptación y aplauso como el *Quijote del manco de Lepanto*? ¿Cuál,

recordaremos otra vez, la copia de poesía que como raudal cristalino y sonoro corre por nuestros ricos y envidiados *Romanceros*? Cuando falten otros elementos y otras fuerzas, estos y otros infinitos monumentos literarios serán los eternos y siempre vivos guardadores de nuestra nacionalidad y de nuestra pasada grandeza.

Fuera de esto, y prescindiendo del cosmopolitismo que por propia virtualidad tienen vinculado en sí las obras conspicuas de la inteligencia, acogidas por la Humanidad entera como progreso, gloria, patrimonio y ley de la civilización universal, fuera de esto, decimos; y contrayendo las miradas á nuestra propia casa, ¿á quién sino es á la literatura nacional se debe la exaltación de los sentimientos que han formado el fondo del carácter español, del sentimiento de la independencia, del sentimiento caballeresco, del sentimiento religioso, y del sentimiento monárquico? ¿A quién el enaltecimiento y casi divinización de la mujer, y á quién la custodia celosa y aun refinamiento extremado de aquel honor que se exasperaba por *átomos invisibles* y que no se satisfacía sino con reparaciones sangrientas, dejando ya atrás la máxima de un antiguo romance:

*que la sangre dispercude
mancha que finca en la honor?*

¿A quién la recomendación y el encomio por medio de personificaciones hermosísimas de la entereza, de la honradez, y de la lealtad castellanas? ¿A quién sino á la fina y deleitosa sátira cervantina el aborrecimiento en que cayeron entre los hombres las finjidas y disparatadas historias de los libros de caballerías? ¿A quién la desaparición de otros Quijotes, los Quijotes del púlpito, sino á la sátira no menos donosa y sabrosísima de un famoso Jesuita? Y en el día, ¿quién duda que los males, los males gravísimos que deploramos en estas sociedades tan trabajadas por doctrinas deletéreas y desquiciadoras, se deben en no pequeña parte á una literatura de baja estofa, impía, desenfrenada y rahez? Siempre y en todas partes dejando sentir sus efectos, en buena ó mala dirección, la palabra hablada ó escrita.

Por donde se ve cuánto importa dirigir y encauzar las letras humanas por derroteros acertados y saludables. Y cuando amenazan avasallar al mundo las tendencias mate-

rialistas, cuando tanto culto se da en la era en que vivimos á la vida *hylica*, y cuando de tal modo andan subvertidas las nociones más fundamentales del orden moral y jurídico, quisiéramos nosotros que cuantos consagran la actividad de su espíritu á la literatura, cuantos la consagran por vocación genial al cultivo, fomento y esplendor de las bellas artes, se inspiraran siempre en aquellas fuentes elevadas y purísimas de donde fluye toda verdad, toda belleza, toda bondad y perfección: en aquel foco soberano de luz y de hermosura, tan *antigua* y tan *nueva*, sin el cual, según la expresión del profundo San Agustín, nada habría bello en el mundo: *nulla essent pulchra nisi essent abs te*. De ahí y sólo de ahí descienden, cual mensajeros celestes, los destellos que iluminan, las inspiraciones que levantan, los pensamientos que ennoblecen, los sentimientos que purifican, los impulsos generosos que elevan y perfeccionan: todo cuanto hay de bello, de grande y de sublime. Al contacto de esas alturas no hay espíritu que como el mitológico Anteo en contacto con su madre la Tierra, no cobre nuevos bríos, no sienta alientos insólitos, no experimente una vida suprasensible, y no entrevea dilatados horizontes bañados de luz y de hermosura, donde todo es paz, serenidad y armonía.

*Os homini sublime dedit cælumque tueri
jussit et erectos ad sidera tollere vultus,*

diremos con Virgilio, al pensador, al literato, al artista. De arriba abajo todo puede ser rocío, almo y benéfico: de abajo arriba, todo es cieno; y dejemos á los *saprófilos* ó amantes de lo deforme, y á los *rhypparógrafos* ó pintores de inmundicias, apegados todos miseramente al limo de la tierra, habérselas con sus bajas terrenalidades, con esa especie de *therionismo* en el arte repugnante y degradador. *Paulo majora canamus*, dicen con unánime voz los espíritus nobles que tienen la conciencia de su origen, de su valer y de su dignidad. Bien pudiera recordarse á los que no piensan con esta elevación aquel hermoso terceto del Dante:

*Non v' accorgete voi che noi siam vermi
Nati á formar l' angélica farsfalla
Che vola alla giustizia senza schermi?*

Vivimos en una época en que se escribe mucho y de ligero; en que nacen los escritores por asombrosa generación espon-

tánea; en que sin preparación, sin estudios serios, sin aquel largo noviciado que exige la profesión de escritor público, y aun quizá sin conocimiento del propio idioma, apenas hay ciudadano que no se crea autorizado para ilustrar y dirigir á sus semejantes, sin tener en cuenta, como decía D. Quijote á Sancho, que el ir á caballo á unos hace caballeros y á otros caballerías. Escribir bien, con sana y sólida doctrina, con discreción y cordura, y á impulso siempre de la verdad y del bien, es ministerio social, necesario, loable, honroso y nobilísimo; pero escribir abarrisco sin fondo y sin formas, y atropellando por todos los buenos principios del buen pensar, y del buen decir, es calamidad pública que no puede menos de merecer la execración de los inteligentes. El saber macizo de otros tiempos, la meditación detenida y profunda, el apartamiento solitario para consagrarse con perseverancia á la investigación de la verdad, y exponerla después ordenada y pacientemente en volúmenes que ahora nos causan asombro, han cedido su lugar á lecturas someras, ó como si dijéramos al vapor, que apenas dejan huella en el espíritu, y que no pueden criar sabios, sino á lo más eruditos de poliantea. En el día, arrumbado, ó poco menos, el libro concienzudo, vivimos intelectualmente de periódicos, semanarios, crónicas, ilustraciones y demás papeles ligeros, de que nace una literatura del momento, fugaz y frívola, que en vez de ilustrar frecuentemente entenebrece, que en vez de comunicar verdades bien pensadas, pone en rápida y despachada circulación, juicios superficiales ó erróneos, y que en vez de contribuir á formar el buen gusto general, lo deprava lastimosamente y lo extravía.

Por eso no serán nunca bastante elogiados los escritores de conciencia que en medio de esta intemperancia por escribir y hablar que nos aqueja, piensan bien lo que dicen, y dicen bien lo que piensan. El pensamiento en su aparición, desarrollo y madurez tiene sus leyes dialécticas internas, que piden espacio y quizá lenta labor intelectual, como las tiene también rigurosas la expresión del mismo pensamiento, si ha de corresponder al *ars bené dicendi*, de no fácil observancia. Para lograr estos fines, forzoso es á la mayoría de los mortales (porque el genio salva todas las distancias) andar mentalmente en carreta; y cómo si lejos de eso, aspiramos á andar no ya

en vapor, sino eléctricamente á ser posible? El *versate diu quid ferre recusent, quid valeant humeri* del sesudo preceptista latino, no reza con estos tiempos en que nos sentimos capaces y aparejados para todo. Mal deplorable, señores, que conviene corregir en la medida de lo posible, infundiendo en la juventud hábitos de moderación y de parsimonia intelectual, y recordándole como regla de conducta en este punto aquellas palabras del Apóstol que constituyen un hermoso precepto literario; *oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem*. La edad de aprender no debe confundirse con la de escribir, ni la de formarse intelectualmente, con aquella otra que viene por sus pasos contados, de ofrecer sazonados frutos; que la naturaleza en esto como en todo no consiente precipitaciones, ni saltos violentos:

No sazona la fruta en un momento
aquella inteligencia que mensura
la duración de todo á su talento:

Flor la vimos primero hermosa y pura,
luego materia acerba y desabrida
y perfecta después dulce y madura.

Esta celosísima Academia que con tanto crédito viene enseñando, no sólo las disciplinas jurídicas, sino también otras interesantes que les sirven de preparación, de esmalte y de provechosa compañía, y que por el fervor con que promueve conferencias y cultiva los buenos estudios, semeja y trae á la memoria aquellas animadas y ardorosas que se formaron en la corte y bajo la protección de nuestro Rey literato Don Juan II de Castilla, puede como todos los centros docentes, contribuir con sus luces y discreta dirección y consejos á la obra de salubridad y de higiene literaria que solicitamos. En las enfermedades y contagios que á semejanza de lo que sucede en el orden corpóreo, se desarrollan también en la esfera de las letras, los hombres ilustrados y de buen sentido, amantes de la pureza del idioma, y de la legítima y bien encaminada cultura nacional, deben *pro munere*, y por tácito y obligado convenio, constituirse en especie de Juntas de Sanidad, que atajen ó remedien en lo posible los progresos invasores del mal. Para la extirpación de los no pocos que actualmente padece nuestra literatura en sus diversas manifestaciones, mucho podría lograrse con el esfuer-

zo general y común de cuantos por amor patrio entienden y se preocupan de nuestra nosología literaria; y entonces acaso fuera lícito abrir el pecho á la esperanza de ver de nuevo lucir con la bizarría y majestad de otros tiempos las decadentes letras españolas.

HE DICHO.

